

El lugar de la literatura infantil y juvenil, sus problemas en la época contemporánea

Katrina SPENCER

De la inquietud a la investigación

Empezó a formarse la idea para este estudio en 2008. Después de haber leído *Le Petit Nicolás* de René Goscinny y Jean Jacques Sempé en una clase básica de francés. Las ilustraciones que acompañaban al volumen llamaban la atención, en particular las que representaban a la madre del personaje principal. Cuando vi que la madre llevaba una cuchara de cocina, un delantal y tacones, y casi nunca se encontraba fuera del hogar, me pregunté cuáles serían las expectativas que tendrían los lectores en cuanto al papel de la mujer. Temía que los lectores jóvenes que constituyen el público al que se dirige la serie de estos libros no pudieran reconocer que *Le Petit Nicolás*, un clásico de la literatura infantil y juvenil (en adelante, LIJ), además de otros valores, también representaba una época no contemporánea y que, aunque no “malas” en sí, las imágenes incluían valores sociales quizá estancados y fuera de su tiempo.

Al llegar a Madrid para cursar un máster de español, elegí escribir una tesina, una investigación de estudios que se corresponden con los intereses del estudiante. Decidí entrar en la LIJ para poder cuestionar qué otras lecciones e imágenes se transmitían a los niños a través del ámbito literario. Este escrito es el fruto no solamente de la lectura de crítica literaria sino también de una práctica en *Biblioketa* –una librería internacional, infantil y juvenil– y de entrevistas con ciertas personas que les facilitan a los niños la lectura y crean sus libros: padres, libreros, maestros, escritores, ilustradores y editores. En este estudio nos acercaremos a unos cuantos temas que rodean el discurso literario infantil y juvenil, llegando a conclusiones y observaciones que provienen de la base de datos

reunidos en Madrid: tendencias que se encuentran en este género, responsabilidades de los creadores, animación a la lectura, cómo crear un “buen” libro y evaluación de nuestros objetivos como sociedad en cuanto a la práctica de la lectura. El mayor objetivo es insistir en que no consideremos la LIJ como un género pasajero ni arbitrario, sino como un género que aporta valores pragmáticos, didácticos, intelectuales y lúdicos; para lo cual, al compartir la LIJ con los niños y los jóvenes, primero hace falta una revisión atenta y cuidadosa del contenido y el modo de la presentación.

Los quiénes y sus qués

Cada vez más, la LIJ va estableciéndose, creando su lugar entre otros géneros literarios, afirmando su valor, su mercado y su canon. Violante Krahe, editora de Edelvives –una editorial española y madrileña–, afirma en la entrevista que este terreno es fructífero. Después de ocho años de labor en este ámbito, comenta que le “parece muy rico y variado, divertido y con muchas posibilidades, ya que el público va desde los bebés que empiezan a descubrir el mundo hasta los adolescentes que entran en la vida adulta”. Según sus observaciones, la LIJ es un género que influye en la formación y la educación del joven lector y, por lo general, le ayuda a entender su papel en la vida y en su entorno. En este sentido, como la LIJ pretende presentar el trámite y la trayectoria –el “rumbo”– de la vida, podría ser considerado el género más importante de toda la literatura. Aparte de sus grandes ambiciones éticas, también la LIJ es una fuente económica imparable.

Por ejemplo, es casi imposible no reconocer los nombres de los autores Roald Dahl (*Matilda*, *Charlie and the Chocolate Factory*, *James and the Giant Peach*, *Fantastic Mr. Fox*) de un ayer no muy lejano, J.K. Rowling (la serie de *Harry Potter*) de un hoy todavía compartido y Stephenie Meyer (la serie de *Twilight*) del mañana. Claramente, en los casos de Dahl, Rowling y Meyer, estos autores han sido lanzados a la fama con la ayuda de contratos para hacer películas de sus novelas, pero también las traducciones que abundan en la época contemporánea hacen estas lecturas accesibles a una gran diversidad de público que habita en todo nuestro mundo globalizado. Este cuerpo de literatura –joven, fresca y sobre todo entretenida–, que convoca millones de ganancias mundialmente, es un ser en sí,

triunfante, popular y probablemente duradero. Incluso las estadísticas prueban su éxito: “Las conclusiones del *Anuario del libro infantil y juvenil 2009* del grupo SM eran optimistas al cierre del 2008. El negocio del sector editorial seguía en expansión y las ventas de libros infantiles y juveniles habían crecido en proporción prácticamente el doble, hasta constituir el once por ciento del mercado del libro” (Blázquez). Ya supera el diez por ciento de las ventas y va creciendo; es más, cuando se habla de este género, la referencia no se centra exclusivamente en los autores de la actualidad: otros pilares literarios del pasado alimentan la producción y el éxito de la LIJ continuamente, lo cual crea una industria que apenas agota sus recursos.

Alejándonos de las publicaciones del final del siglo XX por un momento, encontramos otros autores conocidos, más antiguos pero siempre presentes. Son clásicos, crearon y conservaron cuentos de hadas que, al mencionarlos, nos recuerdan nuestra niñez: Esopo con sus fábulas (“La hormiga y el saltamontes”, “La zorra y las uvas”), los hermanos Grimm (“Caperucita Roja”, “la Cenicienta”) y Hans Christian Andersen (“La sirenita”, “El patito feo”). Mientras su presencia continúa y su popularidad actual es indiscutible, su vigencia hoy día crea otro discurso que puede resultar polémico. Sin embargo, sean estas obras destinadas al público de otra época o no –junto con los *blockbusters*– forman una parte sumamente importante de los libros más editados, no sólo en España, sino mundialmente. Se puede decir que, en función del patrón desarrollado a través de los años, existe en las editoriales de la LIJ una dependencia innegable de la reproducción de estas obras.

Desde el punto de vista económico se puede suponer que la reimpresión y venta de unos pocos escritos exitosos es algo positivo. Sin embargo, una de sus consecuencias es que podemos llegar a nombrar cinco autores de la LIJ, pero cuesta trabajo llegar a diez. El número que alcanzamos refleja la cantidad de libros apoyados y promocionados, o la falta de apoyo y promoción de otras obras: puede ser más rentable para las editoriales sólo invertir en un pequeño grupo de manuscritos y escritores en vez de diversificar y aumentar las encuadernaciones anuales que salen de las imprentas. Como es de esperar, existen problemas que surgen de esta tendencia; por ejemplo, de los autores que se han mencionado

hasta ahora, ninguno es español. Parece dudosa la idea de que no haya escritores para niños que provienen de España, pero si hojeáramos las ventas del mercado, las estadísticas parecen reflejar este “hecho falso”. El 7 de marzo de 2010, ABC publicó una lista de “Los libros más vendidos” (Menéndez Muñiz), y los apellidos de los autores que aparecen en la lista, Stilton, Gosciny, Meyer, Riordan, Kinney y Smith, demuestran que o no existen españoles que trabajen en este género o no reciben la promoción necesaria para el público lector, o que los que sí escriben no atraen la atención de los que compran. Lo más probable es que una combinación de las tres hipótesis responda a por qué no se ve ningún Álvarez, Fernández o Velázquez.

Fernando Almena, un autor español de LIJ que lleva más de dos décadas escribiendo para niños, rebate en la entrevista esta noción de que no haya “quiénes” españoles que produzcan obras de buena calidad: “Existen escritores en nuestro país de una calidad que no tiene nada que envidiar de otros extranjeros, pero es más rentable y más económico no arriesgar e ir a lo que en otros países ha sido éxito”. Sin embargo, a medida que la LIJ se distingue por sus varios valores potenciales, se ven algunos de los problemas ante los que el género se ve desafiado. En concreto, el mercado es promovido y limitado por el dinero; las inversiones siguen –y más importante *persiguen*-- lo seguro y no lo arriesgado. El autor de hoy compite con sus contemporáneos y los clásicos; busca su lugar en un mercado que ya no reconoce fronteras de lengua o país de origen –del lector ni del escritor–. Con un campo tan amplio, curiosamente, se crea una industria notablemente competitiva. Se pensaría que estarían disponibles más oportunidades, no menos; pero sólo hay algunos autores, quizá como en el caso de Dahl, Rowling y Meyer, que pueden llegar a la cima del mercado.

Fronteras borrosas y senderos conocidos

Ahora que hemos visto algunos de los factores que giran en torno a la publicación de LIJ desde una perspectiva “macro” –la globalización que borra fronteras reales e imaginadas, la competencia con los contemporáneos y los clásicos, el “efecto Hollywood” que crea superestrellas–, examinemos la LIJ en el nivel “micro”, analizando lo que engloba el texto en sí y, muchas veces, lo que se elige no englobar.

Una persona cualquiera, sea académico, funcionario, médico o perteneciente a otra profesión, puede notar una tendencia distinta y sobresaliente en el mercado de la literatura infantil: la del reciclaje de historias clásicas, como acabamos de mencionar. “En los últimos tiempos la literatura infantil y juvenil muestra tendencia a andar caminos trillados y a vadear cualquier tipo de riesgos” (“Libros comprometidos”, editorial). El ejemplo por excelencia es el de “Caperucita Roja”, un cuento recogido por los hermanos Grimm en el siglo XIX. En las librerías se pueden encontrar decenas de versiones de la historia e incluso en *Biblioketa* se venden accesorios, como pulseras que se pueden llevar puestas, que cuentan el argumento en imágenes.

Entre otras obras que representan esta tradición, encontramos las más conocidas, que son: “La Cenicienta”, “Hansel y Gretel”, “Jack and the Beanstalk”, “Rumpelstiltskin”, “Rapunzel” y “Blancanieves”. Otras composiciones inmortalizadas son las canciones de cuna como “Humpty Dumpty”; las novelas como “Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas”, de Charles Lutwidge Dodgson –del año 1865–, y todo lo escrito para niños de Roald Dahl en el siglo XX. Mientras se podría argumentar que valorar las historias de nuestros antepasados es un hábito rentable, también se puede reconocer que cada nueva edición de cada vieja historia ocupa el espacio que se podría ofrecer a un nuevo ejemplar de una historia que representa nuestra época, en otras palabras, la época actual. La edición de *Manolito Gafotas*, originalmente publicada en 1994, ha alcanzado ya su cuadragésima edición. Es decir, en sus dieciséis años de existencia *Manolito Gafotas* ha llegado a ser considerado un clásico y se edita una nueva tirada del mismo texto casi tres veces al año. En otras palabras, hay sellos que no arriesgan con nuevos autores o nuevos títulos, sino que

parecen basar su estrategia en reeditar los libros más exitosos, lo que en cierta manera debilita la posibilidad de que otros escritores *salten* al mercado editorial

A pesar de sus enormes éxitos hoy en día, el hecho de que nuestros nietos puedan estar leyendo los mismos textos que los *fans* actuales de *Harry Potter*, de J.K. Rowling, y los de *Crepúsculo*, de Stephenie Meyer, puede preocupar al autor, al editor y al lector. Primero, esta idea nos obliga a pensar qué medidas determinan que un libro sea considerado “clásico”. ¿Es la película lo que promete su continua presencia en las estanterías? ¿Es su popularidad? ¿O hay otras reglas y normas que se aplican para llegar a tal estatus? En opinión de Enrique Pérez Díaz (autor de *El escritor frente al mito de un niño lector*): “En realidad los autores clásicos nunca mueren” (165). La repetición de estas historias y publicaciones forman un punto de referencia común entre varias generaciones: abuelos, padres e hijos comparten los mismos arquetipos y conocen los mismos valores; de hecho, parece que la LIJ se convierte en un género que sufre mucho movimiento de modo superficial pero que no experimenta evoluciones profundas. En otras palabras, las portadas de los libros y sus láminas sufren algunas metamorfosis regulares –si no anualmente, cada dos o tres años–, pero las tramas y los argumentos permanecen mayoritariamente iguales.

¿Por qué debe ser problemático esto? Por un lado, “La Cenicienta” y “Rapunzel” que esperan a sus “príncipes azules” para solucionar su vida pueden presentar conflictos sociales ante la joven lectora que intenta entender su acercamiento a la independencia, sobre todo hoy, en una España que se ve debilitada por un paro resistente a muchos antidotos. Aunque el vínculo entre el papel de la mujer y el paro no es directo, las normas se ven influidas por los valores que se presentan a la sociedad. ¿Debería la joven prepararse para una vida laboral activa que contribuya económicamente a su futuro hogar? ¿O debería esperar lánguidamente la llegada de su “Prince Charming”? Los libros enseñan y afirman las expectativas sociales. ¿Son todavía estas las nuestras? “Caperucita Roja” incluso intenta comunicar que las jóvenes no deben alejarse de casa. En 2010, el logro de poder, la independencia y el movimiento libre de la mujer tienen que ser bienvenidos dado que la estabilidad de las familias nucleares, re-estructuradas, nuevas y de otros tipos dependen de

eso. Los mensajes explícitos e implícitos de los clásicos pueden hacer retroceder soluciones a problemas actuales.

Si es verdad que las mismas historias aparecen cíclicamente en el mismo camino a través de los años, es igual de cierto que los temas que se presentan en la LIJ se triplican. Las historias del miedo a la oscuridad, la búsqueda del peluche perdido y la dama en apuros son reutilizadas innumerables veces. Hasta la caracterización de los personajes animales sigue igual: el lobo es siempre malo; el zorro es listo sin falta; el búho tiene que ser sabio. De nuevo, los autores que intentan romper el patrón pueden llegar a verse frente a un adversario formidable. En breve llegaremos a entrar en la discusión de qué temas se pueden considerar nuevos y quiénes son los autores que se atreven a desafiar el sistema porque “[...] aunque con demasiada frecuencia se recorren caminos más que hollados, aún se descubren enfoques y tratamientos que sorprenden” (Blázquez).

Un nuevo camino, ético y fresco

Un deber casi inevitable de la creación en la LIJ es siempre tener en cuenta el valor didáctico que las historias pueden transmitir de modo inherente, aunque involuntario, tanto con su texto como con sus imágenes. Por ejemplo, cuando el príncipe de *The Very Smart Pea and the Princess-to-Be* de Mini Grey abandona su casa para buscar una novia, y sus sueños se realizan al darse cuenta de que *ella* era su vecina y vivía al lado de su casa, ¿qué se enseña? ¿Puede ser que no haya que salir del entorno familiar para conseguir las metas, sean estas románticas u otras? Cuando se hojean las láminas de *Le Petit Nicolas*, se ve que se sugiere que el entorno de la mujer es el doméstico. ¿Refleja la realidad el hecho de que el papá en *Vaya Rabieta* esté en la cocina sólo preparando la cena para su hijo? En estos ejemplos, se puede ver que la estructura más básica de la familia se representa y se desafía en los cuentos más “inocentes”. Claramente las fechas de publicación influyen en qué ideas se representan en dichas publicaciones, pero ese dato nos lleva a otra pregunta: ¿Queremos que los cuentos que lean nuestros niños reflejen el pasado y cómo era la sociedad, el presente y cómo es la sociedad o el futuro y cómo esperamos que sea?

Cabe algo más en esta discusión: no sólo los temas tratados por autores y las imágenes dibujadas por ilustradores; tenemos también los temas y las representaciones que por lo general se omiten o se ignoran, como la homosexualidad, la guerra, la inmigración y el racismo. Algunos autores polémicos incluyen, por ejemplo, la desnudez de los africanos en la serie de *Kirikú*, vemos el Cristo en la cruz en *Mini-Biblia en imágenes* y *El topo que quería saber quién se había hecho aquello en su cabeza* ofrece una vista de lo escatológico. Sin embargo, hay temas que tal vez no reciben la atención que deberían, considerando la importancia de su actualidad: el reciclaje, los animales en peligro y la familia no nuclear. Pérez Díaz enumera sus propios temas en una lista: “el divorcio, las diferencias raciales, los hijos de padres alcohólicos, la maledicencia de los adultos contra la infancia, el maltrato hacia los menores, la mentira y la coacción” (84). Omitir e ignorar estos temas no los hace invisibles ni los hace desaparecer, mientras que pueden crear y criar una generación de jóvenes que no conocen verdaderamente las lacras de la sociedad ni cómo prepararse para enfrentarse ante ellas.

En algunos casos los padres dependen de las escuelas para la educación total del niño; en otros casos los maestros esperan que los padres se responsabilicen de la educación de los niños en cuanto a muchos temas delicados. Si entre los dos grupos no se consigue hablar de lo difícil, lo complejo, lo tabú y lo feo, se pueden esperar muchos *shocks* para el joven que se entera luego de las verdades. Las narraciones suelen plantear valores y perspectivas que representan épocas del pasado. Parece “preferible” tratar lo cómodo y lo conocido pero “se echan de menos libros infantiles con referencias directas al entorno que hagan a los niños conscientes de los hechos sociales y políticos y que les estimulen a pensar también sobre ellos” (Pérez Díaz 77). Mientras reconocemos unos huecos y defectos en esta postura, “¿hasta qué punto deben o no los escritores abordar en los libros para niños la realidad de estos?” (78). La respuesta no es sencilla pero varias personas del mundo literario opinan acerca del tema.

Primero seguiremos con los pensamientos de Pérez Díaz, que dice que “los niños se defienden, revelan primero una capacidad de inercia que resiste a los más duros ataques” (78). Sugiere que el niño que está expuesto a un tema avanzado o fuera de lo normal no

tiene que acabar traumatizado. Dicho de otra manera, un niño puede saber que las guerras, un caos creado por los seres humanos, dejan muertos a muchos de esos seres humanos, sin tener que robarle la inocencia. Se entiende que junto con el tratamiento de ese tema se le deben presentar también cuáles son los esfuerzos que se hacen para evitar la guerra. Se le puede enseñar qué es el divorcio y mencionarle cuáles son algunas de sus típicas causas junto con una conversación sobre cómo intentar solucionar conflictos y los posibles beneficios del matrimonio.

Como adultos, es más probable que entremos en problemas cuando se plantea una idea en la mente de un niño y no la tratamos con la profundidad suficiente para saciar su curiosidad y sus preguntas sobre ella. Parece más amenazante *no* responder a la pregunta: “¿De dónde vienen los bebés?” que intentar abordar la respuesta con naturalidad. Si no pretendemos acercarnos a las preguntas más difíciles, puede que dejemos que empiecen los niños a asociar estos temas con lo tabú. Y se necesita hablar de la guerra, un fenómeno con el que se supone que queremos acabar; de la reproducción de la vida, un ciclo biológico natural; del respeto por la diferencia, ya que el mundo es cada vez más pequeño. Los libros nos pueden ayudar a tratar estas discusiones si los elegimos adecuadamente y los usamos como herramientas de bien. No los podemos ver como colecciones de conocimiento amenazante. La clave está en el uso que se les dé.

Blázquez, en el artículo citado anteriormente, afirma: “En este terreno, demasiadas obras siguen obedientes las prescripciones escolares, y en ellas prima lo políticamente correcto y las buenas intenciones, la imitación y la falta de originalidad”. Dadas las reglas que rigen el mundo de las editoriales, que hemos visto, podría parecer que su capacidad de riesgo es escasa. Pero al sopesar si es más importante publicar remesas de viejas tradiciones o apoyar a una nueva generación de lectores bien informados e inquietos sobre los problemas sociales, es posible que la segunda opción pueda pesar más. Ahora queda convencer a las editoriales de que hay promesa de ganancias que se corresponden con ese esfuerzo.

Kepa Osoro señala: “El papel que juega la LIJ en la formación estética, ética e intelectual del niño es indiscutible. Por lo tanto, hemos de ser rigurosos a la hora de ofrecer

títulos” (139). La referencia a establecer requisitos “rigurosos” puede encapsular libros con temas pertinentes en cuanto a la actualidad. Tal vez Jorge de Arco, un poeta que ha escrito para niños y que es padre, lo describe mejor en la entrevista cuando llama a los adultos a responsabilizarse atentamente de la lectura responsable de los niños: “La responsabilidad de los padres [...] junto a los educadores [...] [es] animar, incitar y proponer a los niños las lecturas más adecuadas en función de su edad y sus intereses [...] además [...] acompañarlos [a los niños] en esta tarea hasta que puedan mostrar una cierta independencia lectora”. Justo como hemos llegado a reconocer que si no supervisamos los hábitos de alimentación de nuestros niños pueden acabar sufriendo de obesidad, diabetes y otras enfermedades, estamos dándonos cuenta también de que los programas que ven en la televisión y cuánto la ven pueden afectar su desarrollo académico y crítico. ¿Cómo es que no vemos la lectura con la misma seriedad? Requiere la misma atención el ámbito literario, no podemos dejar que accedan solos: hay que acompañar y guiar.

Enfrentamientos: David y algunos Goliats

A pesar de que los libros tratados en este escrito provienen de países desarrollados que exigen la educación de las masas de modo obligatorio --lo cual implica el aprendizaje de leer-- parece existir una persistente preocupación entre educadores y académicos sobre la posibilidad de que el público abandone la lectura. Esta inquietud se nota en el poema “Television” escrito por Roald Dahl, un noruego-galés que posiblemente fue el autor más exitoso de la LIJ en el siglo XX y el más conocido en todo el mundo hasta hoy. En el primer apartado reproducido aquí abajo, una de las voces del poema recomienda a un público de padres que no dejen que sus hijos se acerquen a la televisión:

The most important thing we've learned,
So far as children are concerned,
Is never, NEVER, NEVER let
Them near your television set ...

Luego, los padres responden a la voz, perdidos, sin saber cómo entretener a sus hijos sin la última tecnología actual:

But if we take the set away,
What shall we do to entertain
Our darling children? Please explain!...

Y en el último apartado, la voz, con un tono de reproche, exhorta los valores del libro:

We'll answer this by asking you,
'How used they keep themselves contented
Before this monster was invented?'
Have you forgotten? Don't you know?
We'll say it very loud and slow:
THEY ... USED ... TO ... READ! They'd READ and READ,
AND READ and READ, and then proceed
To READ some more. Great Scott! Gadzooks!
One half their lives was reading books!
The nursery shelves held books galore!
Books cluttered up the nursery floor!
And in the bedroom, by the bed,
More books were waiting to be read!

El poema está destinado a dos públicos, siendo el primero el infantil. El ritmo, la rima y el humor son juguetones, musicales e hiperbólicos en sus exageraciones, lo cual crea una especie de meta-literatura. Es decir, Dahl muestra en “Television” un ataque hacia este medio y lo entretenida que puede ser la literatura. Sin embargo, a pesar del tono extremista, los argumentos que subyacen al humor son válidos y dirigidos a los padres. El libro se enfrenta con otros entretenimientos en una batalla bastante desequilibrada. Cuando pensamos en las nuevas tecnologías, que compiten por la atención de los niños y las compras de los padres, es casi una sorpresa el que el libro siga en distribución.

El videojuego, hecho famoso por *Nintendo* en los años 80, fascinó a las audiencias jóvenes, y sus varias evoluciones desde entonces con la *Sega* de los 90 y el *Wii* de hoy, siguen encantándoles. Por otro lado, *Facebook*, *MySpace*, *Twitter* y *Tuenti* figuran juntos en otro grupo que distrae la atención lectora. Además, los padres que tienen grandes ambiciones para sus hijos los matriculan en otras clases fuera de la escuela que creen que les aportarán destrezas rentables: música, lengua, deporte, etc. En consecuencia, al final del día, no es interés lo que no queda: son horas.

Existe, sin embargo, una innovación que pretende dirigir la atracción hacia la tecnología y la lectura, y es importante la accesibilidad que ofrece. El híbrido entre el libro impreso y la tecnología de hoy nos ha llegado en la forma del *E-Reader*, que define así Colomer: “el dispositivo electrónico de lectura es un soporte específico para leer libros escritos en formato digital o escaneados” (51). En el mismo artículo, “Llega el E-Reader”, publicado en *Qué leer*, añade el autor que “resulta evidente que pondrá en peligro el trabajo de impresores, distribuidores y encuadernadores” (51). Se supone que el hecho de que este mecanismo sea transportable, plano y brillante hace que la lectura sea más amena y accesible. Pero tampoco es un producto diseñado para los niños; con precios de rango entre 250 y 650 euros, el *E-Reader* se convierte en un objeto de lujo, para los pocos que puedan permitirse pagar su precio.

Y si no son otras actividades las que distraen a los niños de la lectura, se podría decir que los cambios biológicos y de relación social que sufren durante la adolescencia pueden ser también los culpables del abandono de la lectura. Gemma Archaga, una de las dueñas de la librería *Biblioketa* comentó en su entrevista: “Los libros que [tienen] más dificultades en venderse son los de adolescentes, los padres ya no compran para esta edad y los jóvenes leen poco”. Hay una tendencia marcada y visible que se destaca durante la llegada de la adolescencia, es decir, en los años de transición entre la niñez y la adultez. Es durante esta etapa de la vida que los niños dejan o disminuyen considerablemente su hábito de la lectura. En el artículo “A la conquista de los lectores perdidos”, la periodista Carmen Mañana estudia este fenómeno. Cita a una “veinteañera” que le decía a un autor que le firmaba un ejemplar:

[...] “Cuando era más pequeña me leía todos sus libros [...]. Ahora casi no leo” [...], responde un poco avergonzada. Como ella, muchos ávidos lectores dejan de serlo cuando llega la adolescencia. Algunos se reconcilian con la literatura pasado el tiempo, pero otros nunca vuelven a ella con la misma voracidad. No hay un antídoto infalible para evitar que la pasión por los libros desaparezca. (1)

Parece que en la niñez prospera un afán por la lectura junto a otras pasiones. Durante esa época de la vida, la indulgencia está bien y es bienvenida. El apetito avaricioso

hacia tales ‘vicios’ es aceptado pero con el paso del tiempo se desvanece: “Muchísimos chicos se desenganchan de la lectura sobre los 16 años [...]. Es un momento muy trascendente porque los títulos que van a leer en esta época determinarán su paso a la madurez lectora” (Mañana 1). Si podemos identificar cuál es la irregularidad que interrumpe el hábito lector durante este periodo, quizás podamos encontrar la clave de este misterio.

Entre la pubertad, las lecciones con el oboe, las artes marciales, los juegos de ajedrez y las redes sociales, el espacio literario parece estar disminuyendo cada vez más. Hay que reconocer sus numerosos desafíos para poder acercarse a unas soluciones. A pesar de las dificultades que hay que afrontar, muchos aficionados y defensores de la lectura como una parte esencial e importante de la vida diaria, académica e intelectual alegan y creen que existen maneras de asegurar que los niños lean. Miremos algunas de sus sugerencias y observaciones.

Rumbo a la catarsis

A la hora de evaluar si estamos logrando nuestras metas en cuanto a la lectura que practican nuestros niños, hay que delinear primero cuáles son esas metas. ¿Que la lectura los ayude a entender su entorno inmediato? ¿A desarrollar destrezas de pensamiento crítico? ¿A entretenerse? Si bien crea en sí una polémica responder a estas preguntas, la mayoría de los que contestaran dirían que se pueden admitir a discusión una mezcla de todos estos objetivos. ¿Entonces vamos bien o vamos mal? Osoro, un experto en cuanto a este asunto, alega que en un sentido fracasamos porque, como adultos, no solemos ser honestos con los niños ni con nosotros mismos sobre qué expectativas es real y razonable tener sobre la lectura. Miremos varios de sus comentarios con detalle:

Si la lectura es un placer, ¿por qué tenemos que animar a nadie a disfrutarlo?, ¿por qué tenemos que organizar todas estas movidas para que los chavales piquen y lean? Un amanecer, una melodía, la charla de un amigo, una mirada sensual, un beso, un sueño mágico, ¿eso si son auténticos placeres! ¿Alguien tiene que ser animado a disfrutarlos? (143)

El autor plantea una idea inquietante: puede existir algo en la lectura que no es acogedor. Y aunque insistimos en que los valores de la lectura son numerosos, nos vemos menos dispuestos a reconocer sus dificultades. Además, no practicamos lo que predicamos:

¿Por qué les comemos el coco para que lean –volvemos a repetir— si nunca nos ven a nosotros hacerlo?, ¿por qué les aturullamos con frases grandilocuentes sobre las maravillas de la lectura (¡leer es fantástico!, ¡leer te ayuda a ser más inteligente!, ¡leer te hace soñar!). Y, como mucho, nos ven de vez en cuando enfrascados en el <<Marca>> o el <<Diez Minutos>>? (149)

Según Osoro, los que buscan la solución también forman parte del problema:

[...] nuestras hipocresías e incoherencias son las que alejan (entre otras poderosas razones) a nuestros estudiantes de la lectura. Y si a eso añadimos nuestros errores didácticos, la experiencia negativa, formalista, rutinaria e impositiva en temas de lectura que les hacemos sufrir en nuestra labor docente diaria, ¿cómo nos pueden extrañar las encuestas catastrofistas que anuncian que los niños y jóvenes españoles cada vez leen menos? (142-143)

Aunque siente fuerte oposición hacia las normas de hoy, su acercamiento a resolver el problema resulta sencillo y lógico:

Tal vez deberíamos empezar los adultos a preguntarnos lo que es leer para nosotros, para nuestra vida como adultos, y sobre la importancia y trascendencia que imprimen los libros en nuestro propio proceso madurativo y de crecimiento intelectual y personal. De la respuesta que encontremos en lo más profundo de nuestra conciencia, dependerá gran parte de la voluntad que pongamos en transmitir nuestra pasión lectora. Del modo en que vivamos el hecho lector dependerá el estímulo y la atracción que niños y jóvenes reciban hacia los libros. (Osoro 147)

Sugiere que primero evaluemos el papel de la lectura en nuestras vidas como adultos y sólo luego empecemos a plantear y formar caminos que engendrarán algo parecido para las generaciones del porvenir. Aquí revisamos algunas ideas y ayudas de otros pensadores que pretenden facilitar también el proceso y la presentación de la lectura.

- *Carácter del niño*

Hay que pensar bien a qué tipo de niño nos dirigimos y qué capacidades queremos que desarrollen los jóvenes con la ayuda de la lectura. Podemos usar la literatura como una herramienta para llegar a tener una cohorte de niños científicos y matemáticos informados sobre las varias familias de mariposas y la arquitectura árabe; podemos crear artistas y enseñarles destrezas de diversión con el manejo de marionetas y teatro o podemos hacer que sean piadosos y que consigan ciertas imágenes de Dios y hábitos de espiritualidad. La lista contendría un sinfín de posibilidades y la palabra escrita en libros y otros textos nos ayudaría con nuestros objetivos. Sin embargo, una focalización más centrada en cómo es el niño en vez de en qué sabe podría resultar más rentable. Gonzalo Moure, que ha escrito para *Peonza*, una revista que se dedica a la LIJ y sus inquietudes, escribe: “El fin de nuestra literatura no puede ser el de hacer niños quietos, callados y satisfechos, de alma gorda y bulímica, sino el de hacer hombres libres, sólidos y solidarios, de alma larga y flexible; niños y jóvenes que sepan que no hay odio en la diferencia” (35). Esta ambición es grande y amplia, y refleja más la visión de una sociedad que la de un lector. Es en este nivel en el que tenemos que ir desarrollando las lecturas dirigidas a nuestros jóvenes.

- *Obligatoriedad*

Tal vez es casi imposible que un profesor “enseñe” un libro sin imponer la obligación de que los estudiantes lo lean, pero nos damos cuenta de que esta tendencia puede amargar al lector. Osoro encontró a un joven, David, de 14 años, que se quejaba diciendo que “sólo nos dejan leer lo que el profe quiere y cuando el profe quiere” (146). Para evitar el peso desagradable de la obligatoriedad, primero los padres tienen que encargarse de ser los ejemplos que les muestran a sus hijos el hábito lector, antes de que acudan a la escuela para que vayan ya desarrollando sus intereses literarios. Si un niño ya sabe seleccionar lecturas que le dan placer, la prueba de otras lecturas obligatorias parecerá una corta serie de requisitos que le distraen de sus favoritos, no una actividad que le tiene que gustar. “A veces, las asignaturas que deberían trabajar a favor de la literatura consiguen el efecto contrario y crean arqueólogos de la lectura en vez de lectores”. “[...] algunos

títulos son, definitivamente, bromuro literario”, recoge Mañana (1) en el artículo mencionado. La actitud que se desarrolla hacia la lectura es tan importante como el contenido de las lecturas. Lo que es más, proyectos que ofrecen una medida de libertad en la elección de la lectura pueden hacer tales tareas obligatorias más apetecibles y tolerables.

- *La moralidad y lo didáctico*

Según la misma autora: “el principal fin de la lectura no debe ser el didáctico sino el propio placer de leer. Parece obvio, pero no lo es tanto” (1). Asumir que los niños no podrán distinguir entre un cuento que entretiene y uno que moraliza es subestimar e insultar la inteligencia de esta selecta audiencia. Pérez Díaz está de acuerdo: “los niños andan acordes en detestar los sermones disfrazados, las lecciones hipócritas” (78). Los grandes logros de niños científicos, médicos e investigadores nos deben mostrar que el potencial del niño equivale, y a veces supera, al de los adultos. Sabiendo esto, las medidas que usamos para elegirles lecturas encontrarán mucha concordancia con las que nos sirven para las nuestras. Si los panfletos y la propaganda no nos apetecen a nosotros, ¿por qué les apetecerían a los niños, otros seres humanos de tamaño más pequeño?

Otra consideración que se puede hacer tiene que ver con el público al que está destinada la literatura. “Gallego considera que, durante mucho tiempo, gran parte de la literatura juvenil fue escrita para gustar a los profesores y no a los lectores [...]. Eran [...] libros que buscaban casi exclusivamente representar valores” (Mañana 1). La tarea nuestra es compleja: consiste en entender que el niño comparte algunos de los mismos gustos que tienen los adultos pero no teme lo tabú y no tiene por herencia las mismas preocupaciones que ellos; pueden aceptar, por ejemplo, historias a las que les faltan héroes que sean cien por cien *buenos* y que aparezcan villanos con toques de bondad, si permitimos que estas publicaciones, que rompen el ritmo, les lleguen a las manos.

- *Lo pedagógico*

Llegados a este punto, cabría preguntarse cuántas veces al año los adultos consultan un libro para aprender una lección, miran el diccionario para aprender algo más de

vocabulario o adquieren por algún otro medio una destreza concreta. Por alguna razón esperamos, otra vez, que los niños hagan lo que nosotros no hemos querido o no hemos sido capaces de hacer. Mañana sugiere que “el pedagógico no debe ser el único criterio a la hora de seleccionar los libros recomendados” (1). Mientras el aprendizaje encuentra beneficios en libros que tienen estos fines, los lectores se alejarán si lo pedagógico es lo único que ofrece la obra. De nuevo –como en el caso de los adultos–, autores, ilustradores, maestros y otras personas que proponen lecturas debemos buscar las que contengan varios rasgos y ventajas.

- *Carácter del profesor*

En el artículo “If Kids Like It, It Can’t Be Literature”, Ken Donelson plantea muchas características y hábitos del profesor ideal de la literatura. Mientras delinea a veces actos concretos, es el espíritu del buen profesor lo que más se desarrolla en su escrito. Su primer requisito tiene que ver con la lengua: “I want teachers who recognize that literature need not have been written in [our native language] to be worth our time” (24). Se ve aquí que esta postura tiene que ver con apertura a la diversidad, una cualidad que enriquece cada campo de las humanidades y prepara a nuestros jóvenes para el globalismo. Dice también: “I want teachers who are not snobs, who are not afraid to enjoy the ephemeral and the enduring at the same time but who can separate one from the other without condemning one and sanctifying the other” (24). En otras palabras, tanto los vampiros de Meyer como los pobres de Charles Dickinson encuentran su espacio en el espectro del buen profesor. Este ‘profe’ se da cuenta de que los poemas de Shel Silverstein y lo épico de Beowulf aportan los dos algo distinto y de valor al mundo literario.

Aparte de las sugerencias sobre la humildad y una perspectiva que acepta el globalismo, Donelson incluye varios rasgos más:

Teachers who believe that literature is vital in teaching [language]...
 Teachers who know all kinds of literature from all sorts of places ...
 Teachers who recognize that most adults read little but best sellers...
 Teachers who realize that there are many ways to look at literature and different ways to get at the heart of a literary work...

Teachers who love poetry and drama and try over and over to infect kids with that love...
Teachers who want to try new ideas and new books and stories and poems, to create some of the excitement of a good literature class by bringing in something fresh and different every so often...
Teachers who have a sense of humor, in other words compassion, and who aren't afraid to laugh with students and at themselves...
Teachers who care, really care, about the specific texts we think are worth teaching and who care about getting those texts into the minds of kids... (23-25)

En otras palabras: profesores que sienten una necesidad de satisfacer su curiosidad, que son abiertos, que son realistas, que son apasionados y que encuentran placer en la risa. Con profesores como los descritos, no acabaríamos todos siendo aficionados a la lectura pero seguramente seríamos más.

- *Que sea entretenido*

Y finalmente, pero de importancia sumamente grande, los libros y las lecturas deben gustar. Almena, en la entrevista, afirma: “El humor hace lectores”. Si los lectores disfrutan de la lectura, es más probable que deseen otros libros, del mismo autor u otro, para extender ese sentimiento de placer. Sin embargo: “Much of what amuses us as adults will almost certainly not amuse young adults” (Donelson 25). Cuando surge la duda, la investigación nos ayuda: preguntar. Si los expertos ofrecen opiniones mezcladas, no hay más que preguntar al público al que está destinada una publicación para saber más sobre su impacto. Sí, los lectores, y los jóvenes incluso, pueden informar sobre sus gustos. Donelson cree que “literature ought to be fun, enjoyable, stimulating, exciting, challenging and more” (23). Si lo creemos, los puntos recogidos arriba nos pueden ayudar a conseguir estas metas. En el caso de los adultos:

We read...[a] sprawling epic best seller...or the latest and hottest non-fiction for the joy of it, not because we have to but because we want to. And when we look back at the reading we did when we were young and before someone controlled or directed our reading, our catalog of pleasures may have been even broader” (Donelson 23).

Se puede crear la misma atmósfera de lectura también para nuestros niños. Donelson sugiere que antes de que les propongamos a los niños una lectura nos hagamos algunas preguntas:

The two questions we need to ask ourselves when we take up any text in class are these: (1) what's worth talking about when we read this work for these readers at this time in their lives? and (2) how do we get across to these readers that the author isn't talking about some abstruse point but rather is talking about people like us? (26)

Quiere que los profesores hagan la lectura relevante al considerar su audiencia. También quiere que los profesores se apasionen por sus deberes aun frente a la apatía. En su artículo, nos recuerda: "If we don't care about our texts, if we're not convinced that our texts have something to say to our students, there's little reason to believe that students will accept the texts. And they may reject them no matter how sincerely we believe in our literature" (25-26). Para él, lo importante es el deseo de crear y ofrecer un ámbito acogedor. Se da cuenta de que eso es lo que está al alcance de nuestras manos.

Cerrando la tapa

Hemos examinado varias de las tendencias que mueven el mundo literario infantil y juvenil. Hemos visto una dependencia y un reciclaje de los clásicos. Hemos cuestionado cuáles son las responsabilidades del autor. Hemos estudiado de dónde surge el miedo a que la gente abandone la lectura. Hemos leído varias sugerencias de muchas fuentes que quieren comentar el papel de la lectura en la vida cotidiana. La mera existencia de tales discursos significa que existe esperanza para la lectura. España no es el primer país en el consumo de libros, tampoco lo son Estados Unidos, el Reino Unido ni Francia cuyos autores, lenguas y escritos han formado parte de la base de este estudio. Según el artículo "Leemos, pero a ritmo de 'zapping'" de *El País*, España ocupa el puesto número 30 en cuanto al índice de lectura de niños de 10 años por países y regiones; Rusia ocupa el primero; Estados Unidos, el 18; el Reino Unido, el 19 y Francia, el 27 (Rodríguez Marcos 33). Afortunadamente, esta discusión tiene que ver más con la calidad de la lectura y no con

la cantidad. Lo que nos interesa es para qué leemos, cuáles son nuestros objetivos y adónde queremos llegar.

La lectura lleva consigo un peso enorme, como se recoge en el artículo de D. Casillas “¿Por qué deben leer los niños?”:

Leen por placer y la lectura les abre [a los niños] con cada libro una nueva porción del mundo, amplía su vocabulario, los hace críticos e imaginativos, les muestra las diferencias entre cursilerías y calidad, les hace adquirir conciencia del estilo y los afianza en el mismo, y sólo entonces adquieren la posibilidad de actuar democráticamente y de participar en la democracia. Pues sólo quien lee, quien sabe leer rápida y fácilmente está en disposición de informarse.

Dado que nos ayuda a encontrar nuestro propio papel dentro de la sociedad, la lectura se convierte en un acto que, aunque accesible a las masas, es sagrado. Por esta razón los que se la facilitan a los niños: bibliotecarios, profesores, padres, librerías, autores e ilustradores se inquietan tanto acerca del asunto. Las ganancias monetarias representan sólo una fracción del poder de la literatura; su potencial en cuanto a que ayuda a llevar a los ciudadanos del mundo a la auto-actualización es lo que conduce a la preocupación. Pero, de nuevo, hay esperanza: la metamorfosis que está sufriendo la industria con el acercamiento al lector por medio del *E-Reader* y el alejamiento del papel; la compra de libros en *Amazon*, *Borders* y otros sitios de Internet y el abandono de la librería o la atracción hacia el café como un sitio para leer en vez de la biblioteca representan cambios que encuentran paralelos con cualquier otra economía, corporación u otro negocio. Lo importante no es intentar controlar el mercado, sino seguir insistiendo en la importancia del enriquecimiento al que nos puede llevar la lectura, al margen del modo de llevarla a cabo.

Las voces que más nos hacen faltan en esta discusión son las de los niños. Si fuéramos a extender este estudio, haría falta adjuntar sus opiniones sobre la lectura y lo que buscan, lo que anhelan de ella. En el mencionado artículo “¿Por qué deben leer los niños?” se expone: “Cuanta más edad tienen el niño, tanto más busca en el libro –en todo libro– la respuesta a las preguntas: ¿por qué vivo?, ¿cuál es el sentido de todo esto?, ¿hay algo detrás de la realidad?, ¿si hay que aceptar a las personas tal y como son cómo puedo entenderme

con ellas?, ¿cómo se ganan amigos?”, lo cual solamente reafirma la noción de que este género podría ser el más importante de todos.

En cuanto a los cambios que experimentan los niños cuando llegan a la adolescencia, la investigación de Carmen Mañana, nos ofrece este comentario de un participante: “no me preocuparía si un adolescente dejase de interesarse por la lectura uno o dos años. Salir, hacer amigos y formar parte de un grupo pasa a ser lo más importante. Pero los libros no tienen por qué ser sinónimo de aislamiento ni refugio para solitarios”(1). Del mismo modo que la revolución del mercado ante a las nuevas tecnologías, este fenómeno también es natural. Borrar los estigmas asociados con el que se queda en casa con un libro y no valorarlo menos, por ejemplo, que al atleta que se aleja de ellos pueden ser las claves para reinventar el hábito lector para estas edades.

Cuando buscamos y busquemos la buena calidad en los libros –cuando los critiquemos–intentemos tener en cuenta la gran variedad de temas que influyen en nuestra percepción. Osoro escribe que los siguientes son los elementos que componen el libro:

[...] autor, ilustrador, argumento, personajes, estructura, recursos, técnicas, contenido (vocabulario adaptado a la edad del lector, historia atractiva y estimulante, adaptada a la mentalidad y capacidad del niño, ¿despierta la fantasía y la creatividad?, variedad de temas, calidad literaria) y aspectos formales (cubierta atractiva, título sugerente, policromía de ilustraciones, ilustraciones sencillas y atractivas y acordes con el contenido de la página, tamaño de letra adaptado a la edad el lector, encuadernación resistente, calidad del papel, proporción texto/imagen en función de la edad, resumen del contenido en la contracubierta, ...). (140)

En síntesis, cada ejemplar representa un conjunto de pensamiento, arte, revisión, misterio y tesoro. Y, por la inversión de tiempo y talento, es de desear que se traten con medidas parecidas otras formas de arte y creación. El tiempo probará lo bueno y lo mantendrá varias generaciones. Lo temporal desaparecerá por sí mismo, de modo que no hace falta condenar las lecturas ligeras ni dorar lo complejo.

En esta época, en las pasadas y las futuras seguimos proponiendo las mismas preguntas:

¿El compromiso del escritor debe ser además de estético, ético? En el nuevo contexto que viven los niños y los jóvenes, ¿qué papel debe desempeñar la literatura? ¿Son el mercado y las ventas quienes deben marcar las únicas reglas? ¿Cuál es la responsabilidad del escritor cuando escribe, la del editor en la toma de decisiones para la publicación de una obra, la de los mediadores cuando elegimos o recomendamos determinados libros y rechazamos otros? (“Libros comprometidos”, editorial)

Ninguna respuesta a estas preguntas es sencilla, definitiva o sucinta, pero mantener la discusión, de todos modos, sigue siendo importante. La palabra escrita lleva consigo cierta autoridad, el escritor tiene ciertas responsabilidades: le debe importar qué va a hacer el lector con la historia ofrecida y cómo va a entender la información que aparece en sus escritos.

Cuando discutimos la formación de nuestros niños y sus actividades, entramos en un debate delicado porque hablar de ellos es hablar de nuestro futuro. Apoyamos el hecho de que la lectura forme una parte imprescindible en nuestras escuelas, como la maestra María del Camino Ochoa Fuertes nos menciona en la entrevista, “porque hay familias que no [...] abordan [el hábito lector] en sus casas y si en la escuela no se les acerca, no tienen otras posibilidades”. Una parte importante en cuanto a preparar a los niños para el futuro es enseñarles a cuestionar, criticar y pensar. La lectura y su discurso parecen ser herramientas adecuadas para tales metas.

Y lo último que nos exige atención es seguir valorando, apoyando y frecuentando los espacios que han sido los templos y los refugios de los libros. Tanto las librerías como las bibliotecas monitorizan los flujos y reflujos del mercado literario, y van preparándose y adaptándose cada vez más para sobrevivir al paso del tiempo y para atraer –o como diría Mañana, “atrapar”– a nuevos y viejos lectores.

Como ha recogido en “No sólo libros...” el periodista Daniel Arjona, librerías madrileñas como *Kirikú y la bruja*, *El Dragón Lector*, *La Mar de Letras* y *Biblioketa* incluso programan horas semanales de cuentacuentos (la última, en tres lenguas). Organizan talleres de movimiento, música y teatro e invitan a autores e ilustradores a lanzar, promocionar y firmar sus libros en las tiendas. Si el libro en sí no llega a seducir a

los niños hacia la lectura, las variadas actividades que se asocian con ella pueden convencer al lector más resistente.

El recurso quizá más rentable de todos se encuentra en las muchas bibliotecas locales. Hasta los bibliotecarios se ven en la cúspide de las nuevas olas de la tecnología y las atracciones que animan a los jóvenes y a los adultos a leer. La biblioteca de hoy no es solamente un edificio para guardar libros: es un punto de encuentro cultural, académico y lúdico. Si abrimos los ojos a las diversas fuentes de posibilidades existentes con el fin de hacer la lectura parte de la vida cotidiana, también encontraremos lectores de todas las generaciones y edades que quieren hacer lo mismo.

Obras consultadas

Artículos periodísticos

- Aguilar, Andrea. "El abrazo de los monstruos." *El País*. 19 dic. 2009. Web.
http://www.elpais.com/articulo/portada/abrazo/monstruos/elpepuculbab/20091219elpabpor_3/Tes
- Arjona, Daniel. "No sólo libros: Talleres y cuentacuentos alborotan las librerías." *El Cultural*. 11 dic. 2009. Web.
http://www.elcultural.es/version_papel/ESPECIAL/26315/Librerias_infantiles_talleres_cuentacuento
- Blázquez, Carmen. "Del optimismo a la inquietud. La pequeña literatura a examen." *El Cultural*. 11 dic. 2009. Web.
http://www.elcultural.es/version_papel/ESPECIAL/26313/Del_optimismo_a_la_inquietud
- Casillas, David. "¿Por qué deben leer los niños?" *Diario de Ávila*. 3 mar. 2003. Print.
- Colomer, Álvaro. "Llega el 'E-Reader'." *Qué leer*, 149. nov. 2009. 50-53. Print.
- Donelson, Ken. "If Kids Like It, It Can't Be Literature." *English Journal*, 5. sept. 1989. 23-26. Print.
- Fuentes Salinas, José. "Escribir para niños." *Publicaciones del Sur*. 3 mar. 2004. Print.
- González Iglesias, Juan A. "Romántico y anacrónico." *El País*. 5 abr. 2010. Print.
- "Libros comprometidos." Editorial. *Peonza*. 79/80, dic. 2006-abr. 2007. Print.
- Mañana, Carmen. "A la conquista de los lectores perdidos." *El País*. 3 ene. 2009. Print.
- Martín, Luisgé. "¿Leer sirve para algo bueno?" *El País*. 8 ago. 2008. Print.
- Merino, José María. "El territorio de lo que somos." *ABC, Suplemento Cultural*. 13 dic. 2008. Print.
- Menéndez Muñiz, Manuel. "Lista de libros más vendidos." *ABC, ABCD de las Letras*. 7 mar. 2010. Print.
- Moure, Gonzalo. "Una norma nueva y terrible." *Peonza* 79/80, 2006. 33-39. Print.

Rodríguez Marcos, Javier. "Leemos, pero a ritmo de 'zapping'." *El País*. 15 dic. 2007. Print.

---. "Los editores se ponen en lo peor." *El País*. 7 feb. 2009. Print.

Sánchez Ruipérez, Germán. "La difícil facilidad de escribir para niños." *Anuario Infantil*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez. 2007. Print.

Silió, Elisa. "Hechizo mágico." *El País*. 2 ene. 2010. Print.

Entrevistas personales (escritas) realizadas por la autora (Katrina Spencer). Abril de 2010

Almena, Fernando (escritor)
Archaga, Gemma (librera)
de Arco, Jorge (poeta)
Ochoa Fuertes, María del Camino (maestra)
Krahe, Violante (editora)
Pérez, Pilar (librera)
Ribó, Ana (madre)

Libros de crítica de literatura infantil y juvenil

Bravi, Soledad. *Mini-Biblia en imágenes*. Barcelona: Corimbo, 2009. Print.

Cervera Borrás, Juan. *La creación literaria para niños*. Bilbao: Mensajero, Biblioteca Pedagógica, 1997. Print.

Osoro, Kepa. "Creación, difusión y crítica de la literatura infantil: una aproximación desde la escuela." *Presente y futuro de la literatura infantil*. Universidad de Castilla-La Mancha: Cuenca, 2000. Print.

Pérez Díaz, Enrique. *El escritor frente al mito de un niño lector*. Madrid: Anaya, 2007. Print.

Ventura, Antonio. *El rumor de la lectura*. Madrid: Equipo Peonza, 2001. Print.

Literatura infantil y juvenil

Brami, Elisabeth y Lionel Le Néouanic. *Moi j'adore, la maîtresse déteste*. Paris : Seuil Jeunesse, 2002. Print.

Dahl, Roald. "Television". 7 abr. 2010. Web
<http://www.poemhunter.com/poem/television/>

D'Allancé, Mireille. *Vaya rabieta*. Barcelona: Corimbo, 2006. Print.

Gosciny, René. *Le Petit Nicolas*. París: Gallimard, 1999. Print.

Grey, Mini. *The Very Smart Pea and the Princess-to-Be*. N. York: Knopf, 2003. Print.

Holzwarth, Werner y Wolf Erlbruch. *El topo que quería saber quién se había hecho aquello en su cabeza*. Madrid: Alfaguara, 2008. Print.

Leaf, Munro. *Ferdinando el toro*. Salamanca: Loquez, 2010. Print.

Lindo, Elvira. *Manolito Gafotas*. Madrid: Alfaguara, 1994. Print.

Ocelot, Michel. *Kirikú*, (serie) Madrid: Kokinos, 2007/2008. Print.

Pérez Escrivá, Victoria y Claudia Ranucci. *¡Achís!*. Madrid: Edelvives, 2010. Print.

---. *¡Cataplof!*. Madrid: Edelvives, 2010. Print.

---. *¡Córcholis!*. Madrid: Edelvives, 2010. Print.

---. *¡Splash!*. Madrid: Edelvives, 2010. Print.

Texier, Ophélie. *Les Petites Familles*. París: École de loisirs, 2005. Print.

Schössow, Peter. *Mais pourquoi ??? : L'histoire d'Elvis*. París: Seuil, 2006. Print.